

Michael Burleigh. *Poder Terrenal. Religión y Política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial.* **México, Taurus, 2006.**

Isidora Puga Serrano Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUCC). Magíster en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural por la Universidad de los Andes de Chile (UANDES). Doctorando en Historia por la UANDES.

El historiador británico Michael Burleigh entrega en *Poder Terrenal* una novedosa visión a un clásico paradigma del siglo XIX respecto a la construcción de los Estado-Nación. Apoyado en datos de archivo, diversos testimonios y el uso de fuentes diversas —como la pintura, la filosofía, los periódicos y la literatura—, el autor describe profusamente el proceso de secularización europeo, el rol de las iglesias cristianas y el surgimiento de los nacionalismos como religión secular. Su centro geográfico es la Francia decimonónica, aunque incorpora también los casos particulares de otras zonas europeas.

En un principio, el objetivo del historiador inglés era profundizar acerca de las religiones políticas comenzando con la Ilustración para concluir con los extraños dioses del siglo XX. Sin embargo, al poco tiempo de iniciada esta labor, determinó dejar sólo esbozados los procesos posteriores a la Primera Guerra Mundial y abocarse al período entre la Ilustración y principios del siglo XX. En diez capítulos, con una narración atractiva y dinámica —pero a veces acompañado con un violento lenguaje—, Burleigh expone la tensa relación entre Iglesia y Estado en Europa en el período recién señalado.

El historiador aborda el tema de la secularización de las instituciones y la sociedad europea de una forma que llama la atención a los lectores del siglo XXI, cuando las esferas de lo político y lo religioso están completamente separadas, relacionadas con el mundo público y privado respectivamente. En cambio, para la mentalidad del siglo XVIII estas divisiones no se encontraban tan definidas, y para el autor, que como base considera al ser humano de por sí como un ser creyente o religioso, tampoco. Por ello, Burleigh ahonda en la evolución del rol que tendrían las religiones cristianas —principalmente la



Iglesia católica, aunque también le da espacio a la protestante— en el desarrollo de la conciencia política y el surgimiento del conocido “Estado-nación” de las sociedades europeas. Este proceso, plantea el historiador, se llevó a cabo a distintos ritmos en cada nación y en las religiones que lo conformaban¹. Por lo mismo, cada Estado, Iglesia local y el Papado se vieron obligados a acomodarse y ajustarse a esta nueva forma de sociedad.

En los primeros capítulos, Burleigh profundiza en el caso francés y describe detalladamente la situación del clero en ese país antes de la Revolución de 1789, cuando se vivía en un *status quo* debido a que la monarquía ya había negociado los derechos que le daban la supremacía por sobre la Iglesia. De esta forma, en este período pre-revolucionario, el rol del papado era débil, ya que se habría simplemente relegado a aprobar el nombramiento de abades y obispos realizado por la propia monarquía², mientras que varios conflictos político-religiosos, con protagonistas tan dispares como los judíos, jesuitas y jansenitas, irían carcomiendo el débil lazo entre la monarquía —y después el gobierno francés— y la clerecía.

Con los hechos desencadenados por la Toma de la Bastilla, la Iglesia francesa se vio entremedio de un fuego cruzado, entre los revolucionarios, que buscaban descristianizar la sociedad, y un clero refractario que se relacionaban con diversas fuerzas contrarrevolucionarias debido a que se oponían a la Constitución Civil del Clero de 1790, ya que ésta dejaba al religioso como un simple funcionario civil y por ende, bajo las órdenes del Estado. El autor plantea que esto habría generado una escisión entre religión y política, que le ha costado al país dos siglos superar³.

Al mismo tiempo, el historiador expone que durante el curso del siglo XIX surgieron las religiones civiles, que define como “...la incorporación a la cultura política de una alusión religiosa mínima, especialmente en sociedades, como Estados Unidos, donde existe una separación constitucional de Iglesia y Estado”⁴. Esta forma de “religión” incluiría también la creación de una

¹ Burleigh, Michael. *Poder Terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. México: Taurus, 2006. 25.

² *Id.* 45-46.

³ *Id.* 81 y 86.

⁴ *Id.* 29.

ideología civil —como lo fue en el caso del republicanismo francés— con el objetivo de excluir por completo cualquier resto de divinidad de la vida política. Por ejemplo, Burleigh expone en el tercer capítulo de su obra, que los revolucionarios no convencidos con la supremacía del Estado sobre la Iglesia, pretendieron convertir la Revolución en una religión civil, que reemplazaría todos aquellos símbolos del cristianismo en la sociedad francesa —desde los nombres de las calles hasta la organización del año—, con la idea de crear un hombre nuevo. Sin embargo, desde su punto de vista, el autor no puede evitar preguntarse si esta religión civil había y ha sido realmente necesaria, ya que ellas carecerían en un aspecto esencial para ser consideradas religiones: no se preocupan de definir el bien ni el mal ni de las peripecias de la humanidad, ni fueron nunca universalmente respetadas ni admiradas⁵.

Frente al auge de las religiones civiles durante el siglo XIX, y al consecuente exilio y persecución del catolicismo, el historiador plantea que la supervivencia de éste se debió mayormente a la diligencia del laicado y a la piedad femenina, siendo ellas las que asumieron funciones clericales tradicionalmente masculinas. Por lo mismo, los primeros e incesantes intentos de crear cultos cívicos continuaron fracasando⁶, y ante las tentativas napoleónicas de exportar este nuevo credo laico a otras naciones europeas, tanto en España como en Alemania o Rusia se fusionaron la contrarrevolución, el nacionalismo y la religión en su contra —aunque el autor nos vuelve a recordar que probablemente estos elementos eran percibidos como un todo—⁷. Así, como trata en el capítulo cuarto, la estabilidad volvió a Europa en la época de la restauración, gracias a que se consideró la alianza entre trono y altar como fundamento básico de la autoridad legítima⁸.

En el quinto capítulo, Michael Burleigh le da otra mirada a la clásica visión historiográfica sobre el siglo XIX como gestor del Estado-nación —siendo su mayor aporte y originalidad—, ya que propone que el cristianismo no fue simplemente sustituido por los nacionalismos, sino que fue un proceso más bien pausado y negociado. En primer lugar, señala que la formación de

⁵ *Id.* 32-33.

⁶ *Id.* 137.

⁷ *Id.* 139.

⁸ *Id.* 144.



éstos se llevó a cabo en forma paralela a los procesos de descristianización y recristianización; pero que aún más, los mismos nacionalismos habrían incorporado elementos importantes de la tradición judeocristiana —como la idea de un pueblo elegido por la divinidad para cumplir una misión providencial—, que se mantuvieron en la cultura europea⁹. Además, esta nueva religión secular, que tenía al nacionalismo como deidad, no intervino en las creencias religiosas tradicionales de la mayoría de la población según el autor —y he allí también su novedad frente a las clásicas interpretaciones historiográficas del tema—; sin embargo, para una élite nacionalista, la fe patriótica se asemejaba a pertenecer a una iglesia alternativa, mezclando así nuevamente religión y política¹⁰.

Finalmente, Burleigh expone el transnacional proceso de separación oficial de Estado e Iglesia y la radicalización de las guerras culturales llevadas a cabo para llegar a ella. Estas, según el autor, no sólo se concentrarían en las atribuciones jurídicas y administrativas de la Iglesia y el Estado, sino que eran “...una lucha entre los portadores de la luz científica y moderna y supersticiones medievales...”¹¹ El problema radicaba también para los católicos en definirse contrarios a la civilización moderna, ya que explotaban con habilidad muchos de sus instrumentos. Burleigh plantea que uno de los principales campos de batalla fue la educación —área que se echa de menos en el resto del libro y que recién en esta sección desarrolla con mayor profundidad—, por el importante rol que jugaba el clero en él y porque los Estados consideraban que la existencia de instituciones educativas católicas minaban la unidad nacional, en desmedro de los valores republicanos de patriotismo, progreso y ciencia¹².

En tanto, para el historiador inglés, el papel del papado —relegado a un plano secundario durante gran parte del siglo XIX— habría resurgido en las últimas décadas, especialmente con León XIII, quien se distanció sutilmente de las intransigentes posturas de sus antecesores frente a la ciencia y libertad modernas, y se acercó a la idea de que la democracia era una fuerza a tomar en cuenta. No obstante, el Pontífice planteaba que la Iglesia debía mantenerse

⁹ *Id.* 175-176.

¹⁰ *Id.* 176.

¹¹ *Id.* 372.

¹² *Id.* 392.

neutral respecto a las formas de gobierno, debido a que a pesar de que esta institución fuese intrínsecamente superior por sus motivos trascendentes, no tenía ningún derecho a entrometerse en las cuestiones temporales¹³. A pesar de este acercamiento del Papado, los regímenes anticlericales habrían conservado la idea de separar las esferas de influencia de la Iglesia y el Estado, adoptando estrategias diferentes con el Vaticano, los obispos, las órdenes religiosas y el bajo clero, para finalmente dividir las opiniones en el mundo católico¹⁴.

De esta forma, en las últimas décadas del siglo XIX se llegaría al objetivo final de separar definitivamente ambas instituciones, relegando a la Iglesia cristiana —en cualquiera de sus versiones— a un ámbito meramente privado, pero con la contradicción de mantener la religión secular como aquella practicada en colegios, ceremonias públicas y monumentos. De esta forma, Michael Burleigh busca demostrar que el catolicismo no fue un obstáculo para la democratización y modernización del Estado decimonónico, sino que formó parte integral de este proceso, a través de la imitación de algunas de sus características en las religiones civiles y por medio del surgimiento de nuevos modelos de sociabilidad, que jugarían un rol esencial en la nueva esfera pública del siglo XX.



¹³ *Id.* 400.

¹⁴ *Id.* 411.

